

cuando un oficial se presentaba en la escena gritando: «Muchachos! A las armas! Se nos atacan!»; cuando se les sigue hora por hora y día por día en los incidentes de su vida agitada y monótona al mismo tiempo, se siente tanto enternecimiento como admiración, y después de tantas descalzadas que afligen, se experimenta el consuelo que ellos mismos debieron sentir, cuando, desde las profundidades de la mortífera tierra caliente, subieron á la región de las brisas fortificantes!

X.

La ruptura de Orizaba entre los plenipotenciarios fué aprobada por los gabinetes, siempre por razones contrarias. Russell, que en esta ocasión defendió imperturbablemente la justicia, sin su habitual y desdeñosa pedantería, felicitó á Wyke por haber protestado contra la protección acordada á Almonte y por haberse separado de los comisarios franceses desde el momento en que no ocultaron ya su intención de derrocar al gobierno de Juárez. O'Donnell y Calderón Collantes, aunque habían enviado á Prim precisamente para llevar al cabo la intervención que no había después querido continuar (1), no se atrevieron á negarle su aprobación. El emperador se quedó encantado de verse libre de la «lamentable convención de la Soledad», y en situación de ejercer una acción más decisiva, sin contentarse con resultados negativos ó ilusorios.

Esta satisfacción fué pronto turbada por el desastre de Puebla, que consternó á todos. Llovieron maldiciones sobre Lorencez. *Væ victis!* escribió el mariscal Vaillant en su libro de memorias. Sin embargo, el emperador le dirigió desde luego una carta pública y reanimadora: «Mi querido general: He sabido con gusto el brillante hecho de armas de las Cumbres y con pena el fracaso de Puebla. Es propio de la guerra que algunos reveses oscurezcan los brillantes éxitos; pero que eso no os desaliente; el honor del país está comprometido y seréis soste-

1 Esto fué perentoriamente demostrado en el Senado español por Bermúdez de Castro, Mon, Concha y Ríos Rosas. Diciembre de 1862.—NOTA DEL AUTOR.

nido con todos los refuerzos que sean necesarios. Manifestad á las tropas toda mi satisfacción por su valor y su perseverancia para soportar las fatigas y las privaciones: mientras más lejos están, más mi solicitud se vuelve hacia ellas. Yo he aprobado vuestra conducta, aunque no ha sido comprendida por todos. Habéis hecho bien en proteger al Gral. Almonte: como estamos en guerra contra el gobierno de México, todos los que se refugien bajo nuestra bandera tendrán el mismo derecho á nuestra protección; pero ésta no debe influenciar nuestra política futura. Es contrario á mis intereses, á mi origen, á mis principios, imponer un gobierno al pueblo mexicano. Que él escoja su forma con toda libertad. No le pido más que sinceridad en las relaciones exteriores y no deseo más que la felicidad y la independencia de ese hermoso país, bajo la salvaguardia de un gobierno estable y regular» (16 de junio de 1862). Este no era ya el lenguaje de Brunswick: era el de Alejandro I contra Napoleón. La contradicción entre el dicho y el hecho continuaba. Si no se quería imponer ningún gobierno á los mexicanos, ¿para qué ir á derrocar al que habían establecido, fundándole en el sufragio universal, y que, con excepción de un pequeño número de facciosos, todos estaban de acuerdo en reconocer?

Al llegar el parte detallado de Saligny, otro fué el tono en que el emperador hizo que el ministro de la Guerra escribiera al desafortunado general: «El Emperador admira el valor de las tropas, pero no aprueba el ataque imprudente de Puebla ni el empleo de la artillería contra fortificaciones á dos mil quinientos metros de distancia. Reprueba también vuestra actitud con respecto al Sr. de Saligny. Cualesquiera que hayan sido sus sinrazones, es el representante del Emperador y tiene derecho á que le consideréis. Debéis también tener toda clase de consideraciones no sólo con el Gral. Almonte, sino también con todos los mexicanos que vengan hacia nosotros. No será tratando mal á éstos, como obtendréis la adhesión de otros: el carácter español es muy susceptible; sólo con buenos procedimientos se le conquista. Es preciso pagar y armar á los auxiliares mexicanos y manifestarles confianza»

El mariscal Randon hizo lo que se le mandaba, pero escribió al emperador una carta digna de ser comparada con las del mariscal Vaillant cuando, durante la guerra de Crimea, defendió á Canrobert y á Pélissier. «He cumplido con excesiva pena la

orden que me dió V. M. El General Lorencez se afligirá cruelmente de recibir, en momentos en que le serían quizás necesarias atenciones de su soberano, antes tan benévolo para él, una censura tan netamente formulada. Las explicaciones que da en su parte podían ser discutidas, y las faltas que se le reprochan aparecerían atenuadas si se considerasen los obstáculos que se oponían á la marcha de un pesado convoy, y su preocupación constante para hacer vivir á las tropas, para abastecerlas de municiones de guerra, para mantener en fin las comunicaciones. Las críticas abundan cuando se fracasa, y ha sucedido más de una vez que, en la guerra, lo que parece que habría sido mejor, no era lo más practicable. Cuando estas críticas provienen de militares experimentados, revisten alguna gravedad, pero cuando como en el caso presente, la conducta de un comandante en jefe en el campo de batalla es apreciada por individuos extraños al ejército, ¿es equitativo pronunciar un fallo tan severo? Y no es sólo al Gral. Lorencez á quien ataca el Sr. de Saligny: no se le escapan ni el almirante Jurien, ni el coronel Valazé, ni el Estado Mayor, y también podría haber añadido al Gral. Douay, quien desde Veraacruz señala sus tendencias á vituperar al ejército. Leyendo las comunicaciones del Sr. de Saligny, examinando el valor de sus apreciaciones, es permitido sonreír y no tomar en serio sus razonamientos para criticar las operaciones de las tropas... ¿Qué general consentiría en encargarse de un mando si sus menores acciones de guerra debieran tener por juez á un hombre que, colocado cerca de él con una misión muy distinta, se arrogara el derecho de escrutar su conducta y denunciar sus actos?» (2 de julio de 1862).

El emperador, obligado á mantener en alto el honor del pabellón, convirtió la pequeña expedición inicial en un cuerpo de ejército de treinta mil hombres. El mismo designó los cuerpos, los oficiales, entrando en los detalles más minuciosos. Reservó el mando al Gral. Forey, á quien, desde Montebello, se consideraba como uno de nuestros jefes más vigorosos; pero antes de investirle, encaprichado en su confianza ciega, le impuso como condición *sine qua non* el acuerdo con Saligny cuya palabra seguía siendo ley. «Como soy responsable de mis actos, dijo el emperador, tengo derecho de exigir que los que sirvan mi política se apeguen á ella completamente. Como apruebo sin restricción la política seguida desde el principio por el Sr. de

Saligny, como es el único que conoce bien el país y está al tanto de los agravios de que se nos debe reparación, es importante, es indispensable que el general que vaya á México éntre en relaciones íntimas con él y se aproveche de su experiencia. Si, pues, bajo la influencia de ciertos rumores, partís con la idea preconcebida de no mantener entre ambos una perfecta inteligencia, las cosas andarán muy mal, y en ese caso, sería preferible que me hiciéscis conocer de antemano el fondo de vuestro pensamiento. Han sido las divergencias de opinión y las querellas de amor propio las que han embrollado todo en México. Quiero que se acaben; comprometen demasiado el éxito de los más grandiosos proyectos.»

Precisamente en esos momentos el comandante D'Ornant, enviado en exploración por el ministro de la Guerra, escribía de Veracruz: «Una animosidad muy viva se manifiesta abiertamente contra la dirección diplomática dada á los asuntos de México por los agentes de ese servicio, á quienes se acusa por todas partes de haber engañado al Emperador con respecto á la verdadera situación. Todos los falsos rumores esparcidos desde hace tiempo, sea acerca de las personas, sea acerca de las causas no confesables atribuídas á la expedición, no son más que un eco insignificante de lo que se dice en los corrillos, sin exceptuar los que forman los soldados».

Forey aceptó la condición que se le imponía y partió inmediatamente, precediendo á los refuerzos. Lorencez, ofendido, se rehusó á tomar el mando de una división, y como Jurien, obtuvo regresar á Francia para justificarse. El Gral. Lebceuf solicitó ser agregado á la expedición; el emperador le contestó que no era ésta suficientemente importante para que se le agregase un general de artillería.

El emperador recibió de México otra noticia que le afectó casi tan dolorosamente como el desastre de Puebla. Los plenipotenciarios ingleses, dejando á los franceses marchar sobre México, se habían dirigido allá con el carácter de negociadores. Wyke había sido recibido con solícita benevolencia y había concluído un tratado, iniciado en Puebla, con aquéllos á quienes sus antiguos aliados habían puesto fuera de la ley. Eso era más que una abstención: era reanimar directamente á nuestros adversarios. «¿Es esto, decía melancólicamente el emperador, lo que he merecido con la conducta que observé cuando el asunto

del *Trent*?» (1) Nuestro embajador Flabaut insistió tanto cerca de Russell y tanto insistió Thouvenel cerca de Cowley, que la convención firmada por Wyke no fué ratificada. «Su Majestad, escribió Russell, se regocija de no verse obligada, en el momento en que las fuerzas expedicionarias francesas parecen tropezar con dificultades, á dar un paso que habría tenido el carácter de agravar esas dificultades y hecho suponer en el gobierno británico sentimientos que está lejos de abrigar hacia el del emperador» (17 de junio de 1862). El emperador, desarmado, manifestó su gratitud.

1 Hé aquí como relata el mismo Ollivier, algunas páginas antes, ese asunto: «El asunto del *Trent* permitió á Inglaterra y á Francia dar un nuevo testimonio de interés á los rebeldes del Sur. Los Estados confederados habían enviado dos agentes á París y á Londres, Slidell y Mason (8 de noviembre de 1861), quienes habfan, en la Habana, tomado pasaje en el buque inglés *Trent*. Pero sabedor de su partida, el capitán Wilkes, del *San Jacinto* steamer de los Estados Unidos, se lanzó en persecución del *Trent*, lo alcanzó, tiró un cañonazo tan claramente en otra dirección que la seguida por ese buque, que podía ser considerado como tiro al aire. El *Trent* siguió su marcha á todo vapor; pero un nuevo cañonazo, cuya granada hizo explosión á medio cable de distancia, lo hizo detenerse. Una chalupa armada lo abordó; un teniente subió á bordo, y, en términos respetuosos y corteses pero resueltos, pidió al capitán que le entregase á Slidell y Mason, y como el capitán negara que estuvieren esos individuos entre los pasajeros, le exigió que le mostrara sus papeles. En esto, Slidell se presentó y dijo que él y su compañero no serían llevados al buque americano sino *vi et armis*. El capitán inglés apoyó su protesta «contra aquel acto ilegal, contra aquel acto de piratería» El teniente americano, por única respuesta, señaló con la mano el *San Jacinto* á distancia de doscientas yardas, con sus hombres armados en la popa, con sus portas abiertas, é hizo seña á sus marineros para que treparan al *Trent* por las escalas. No había más remedio que someterse: los dos enviados y sus secretarios se dejaron aprehender sin más resistencia que la necesaria para hacer constar que cedían á la fuerza. Aunque creyéndose con derecho á apoderarse del buque, el capitán Wilkes lo dejó partir para no causar contra-tiempo á los demás pasajeros. Los prisioneros fueron llevados al fuerte Warren, donde se les trató bien.

«La emoción fué igual en los Estados Unidos que en Inglaterra. La Cámara de diputados de los Estados Unidos pidió por unanimidad al presidente de la República, que tratara á los comisarios del Sur como traidores, y dió un voto de gracias al capitán Wilkes. Palmerston, sin perder un momento, envió tropas al Canadá, antes que la navegación del San Lorenzo fuese impedida por los hielos. Sin embargo, Russell trató el asunto con moderación. Exigió por comunicación oficial (30 de noviembre)

El concurso del cuerpo legislativo se había vuelto indispensable. Se le pidió una ampliación de siete millones para el presupuesto de la Guerra y otra de seis para el de la Marina. No pensando más que en nuestros soldados comprometidos tan lejos, las votamos y yo dije por qué: «Estamos unánimemente concordes en un punto: donde quiera que nuestros soldados están comprometidos y padecen, no importa por qué razones y en qué circunstancias, hay que socorrerles. Al votar este socorro, lo digo desde hoy, no renunciamos al deber de investigar lo que nuestros soldados han ido á hacer á México ni al de decir qué

que los cuatro prisioneros fueran entregados al ministro inglés y que se presentaran excusas suficientes en un plazo de siete días. Pero en una carta particular á su ministro Lyons, le ordenó que tuviese una entrevista con Seward sin llevar los despachos especiales, y que verbalmente, en términos generales, en forma de conversación, se refiriera á su contenido, para que el presidente y su ministro tuviesen tiempo de resolver lo conveniente, y para que, dando una satisfacción espontánea, evitaran aparecer como cediendo á una intimación. En caso de que Seward preguntara cuáles serían las consecuencias de una negativa, Lyons debía evitar toda contestación, para que aquél paso no significara una amenaza.

«Por su parte, el emperador, espontáneamente, ordenó á nuestro ministro Mercier que se asociara á Lyons, y Thouvenel, en una comunicación que debía leerse á Seward, desarrolló razones en favor de la reclamación inglesa.....

«El gobierno de los Estados Unidos se cuidó de complicar su lucha difícil contra el Sur con una guerra extranjera apoyada, cuando menos moralmente, por Francia. El Secretario Seward explicó que el acto del capitán Wilkes no le había sido ordenado y que por consiguiente el gobierno americano no había ni premeditado, ni cometido, ni aprobado ninguna ofensa á Inglaterra; y ordenó que los cautivos fuesen puestos en libertad.

«Palmerston, que no podía decidirse á juzgar un acto del emperador sin suponer en él una intención páfida, se sintió inclinado á no agradecerle su espontáneo apoyo «El deseo de impedir, le oyó decir el ministro de Italia, la destrucción de una marina que, en caso dado, podría unirse á la «suya, no es ajeno á la buena voluntad que nos manifiesta». Sin embargo, no persistió en su ingrata interpretación y se congratuló de la conducta de Napoleón III, como no lo había hecho desde hacía tiempo.

«La desconfianza contra el emperador, de la cual no podía librarse la política inglesa, perdió poco después á uno de sus principales inspiradores con la muerte del príncipe consorte (15 de diciembre de 1861).»—NOTA DEL TRADUCTOR.

actitud conviene que impongamos ó aconsejemos al gobierno» (16 de junio).

Los Cinco no aceptaron que la honra de decir la verdad fuese reservada á extranjeros, como Prim y Russell. El patriotismo no consiste en aprobar lo malo que hace el propio país: se le ama á pesar de sus errores, pero debe tratarse de impedir que los cometa, y si ello no se logra, se le debe reprender. Julio Favre cumplió en nombre nuestro ese penoso deber, con motivo de la discusión del proyecto de ley relativo á la ampliación de partidas del presupuesto para el año de 1862. Había pronunciado muchos discursos más elocuentes, mejor ordenados; no pronunció ninguno más convincente ni más verdadero. Hizo resaltar la idea capital de la convención de Londres, denunció los proyectos de restauración monárquica, objeto real de la expedición, insistió sobre el crédito Jecker y reprodujo los severos juicios de la prensa extranjera. «Se desdeñan esos ataques: se hace mal. Se cree estar suficientemente protegido con el sistema de excesiva vigilancia que es la esencia misma de nuestro gobierno, y como se detiene á la calumnia en la frontera, se la cree ahogada. Parece que Francia es como el ave de noche que, porque tiene la cabeza bajo el ala, se imagina que nadie la ve, y porque en su derredor todo está obscuro, juzga que no hay luz en ninguna parte». Caracterizó con una frase fuerte y justa los equívocos, las dobleces, las felonías de los plenipotenciarios en Veracruz y en Orizaba: «¿Contamos con la parte sana de la población, decís, y que esa parte sana sería la que saldría á encontrar á los invasores del territorio? ¡Esa sería la parte más despreciable! Y no habléis de proscritos á quienes tendríamos que proteger. Almonte no es un proscrito: es el mandatario de un príncipe extranjero, un agente de candidatura monárquica que va á su país á desencadenar el azote de la guerra extranjera. Ah! no me es posible, en presencia de un acto tan incalificable, contener los sentimientos de mi corazón. Ignoro el porvenir que el destino reserva á Francia; tengo la convicción de que irá siendo cada día más digna de la libertad, de que llegará á conquistarla toda; pero aunque se viese reducida—lo cual no podrá suceder: estoy cierto de ello—á soportar el yugo de un déspota que la despojara de todas las garantías, que diezmará á sus ciudadanos eminentes, que hiciera pesar de un cabo al otro del territorio un sistema de terror y de muer-

te, nos estremeceríamos bajo su férula, trataríamos de romperla; y si en el frontera apareciese un traidor escoltado por fuerzas austriacas y prusianas, contra él me lanzaría yo considerándole enemigo y creería cumplir un deber derramando hasta la última gota de mi sangre para oponerme á que ese insolente hollase el suelo de mi patria, que profanaría con su planta» Mérimée había escrito humorísticamente: «Los mexicanos han cometido la necedad de no dejarse derrotar por un puñado de franceses, y ahora no hay en Francia un solo hombre que se atreva á decir que más vale tratar con Juárez que enviarle cañonazos que cuestan muy caros» Julio Favre se atrevió á ello: «No hay más que un partido que tomar: tratar con México y retirarse. ¿Para qué hacer la guerra? La guerra se hace cuando se tiene enemigos. ¿Donde están allá los nuestros? Si no estuviéramos del lado de Almonte no los tendríamos. No tenemos en México más que deudores, pero esos deudores quieren saldar sus cuentas. Seguir haciéndole la guerra es tomar no sólo el peor sino el más injusto de los partidos, porque lo que sería más funesto en esa empresa sería la victoria, que os acarrearía responsabilidades, obligándoos á sostener el gobierno que habríais fundado».

Billault envolvió los equívocos, las exageraciones de Saligny y de los emigrados mexicanos en una composición literaria artística y elocuente. Adulteró los hechos evidentes; presentó al través de un cristal de aumento la supuesta opresión mexicana, la cual, de hecho, había pesado sobre muy pocos franceses y se había hecho sentir principalmente á los españoles. No quiso ver en Juárez más que al representante de unos cuantos centenares de opresores; calificó de atroces sus decretos necesarios contra la invasión y de bárbaras las penas decretadas contra los que abrieran las puertas de su patria al extranjero, por más que en todos los países se decretan iguales penas. Le acusó también de haber exigido que se le entregara, para fusilarle, á Almonte, cuya expulsión sólo había pedido; y pasó, lo mismo que Thouvenel en sus notas, como sobre ascuas, al tratar de la monstruosa cifra de las indemnizaciones. «Ya se examinará, dijo, la parte en que los intereses franceses están comprometidos en el crédito Jecker, y se liquidará éste conforme á las reglas de la legalidad y de la justicia». Reconoció que el objeto de la expedición era, no derrocar á Juárez, sino

«destruir una república que, desde hacía treinta años, no había dado una sola prueba de buena fe». Sin embargo, ensalzó la soberanía, la independencia de los pueblos, esto es, todos los principios violados por la expedición, y reprodujo el sofisma de respetar la libertad de un pueblo que se invade, sofisma burdo que no me detendré ya en refutar.

Desde el mes de mayo, Cowley había escrito: «Por más que Thouvenel haya plenamente admitido que ningún gobierno fuese impuesto al pueblo mexicano, yo engañaría á V. S. si la ocultara que mi convicción personal es que existe una intención bien determinada, aunque no confesada, de derribar el gobierno de Juárez, cualesquiera que sean las consecuencias, aunque ello produzca la guerra civil». Después del discurso de Billault, ya nadie dudó y desde entonces comenzó la reprobación, que debía volverse universal, aun entre los que formaban parte del gobierno, luego que la libertad de juicio y de palabra dejara de ser cohibida por la necesidad de reparar un revés militar.



CAPITULO III

Toma de Puebla.—Entrada á México.

I

Forey, llegado á Veracruz el 21 de septiembre de 1862 (1), desembarcó luego las tropas que llevaba, pero no bajó á tierra hasta el día 25 á las siete y media de la mañana, con objeto de impresionar, con gran aparato militar, la imaginación del pueblo mexicano. Había sido precedido por una proclama escrita por el emperador y traducida al español. Decía Napoleón en esa proclama que «no había ido á hacer la guerra á los mexicanos, sino á un puñado de hombres sin escrúpulos ni conciencia, que habían pisoteado el derecho de gentes, gobernaban por medio del terror más sanguinario y no habían vacilado, para sostenerse, en vender por girones al extranjero el territorio de su país».

1 Consecuente con mi propósito de dar á conocer todo lo que dice Ollivier en *El Imperio Liberal* acerca de la intervención y del imperio en México, voy á entresacar lo referente á los meses de julio y agosto de 1862, de lo que contienen los capítulos comprendidos entre los que tratan exclusivamente de ese asunto y forman los II y III de este libro. Refiriéndose á las relaciones de los gobiernos francés, inglés y español después de la ruptura de Orizaba, dice: «La ruptura de Orizaba y su aprobación en Londres no había alterado las buenas relaciones entre los gabinetes de Francia é Inglaterra. Seguían sobre todo de acuerdo en su actitud benévola hacia los Estados del Sur, el gabinete inglés á causa del algodón, el francés á causa de la expedición de México» y añade que por entonces Napoleón hasta quiso reconocer al Sur como república, á lo cual no accedió Palmerston, cuya opinión secundó Thouvenel. Con respecto á España, dice que «no se resignaba como Inglaterra»; que «su ministerio lamentaba la ruptura que se había creído obligado á aprobar»; que «Mon, embajador en París, descontento por tal inconsecuencia, había dado su dimisión» y que «el Gral. Concha había sido enviado en calidad de envia-